



# Los Baldwin

de Serge Lamothe

Traducción de  
Evelio Miñano

## SERGE LAMOTHE

Nacido en Quebec, Serge Lamothe es novelista, poeta y dramaturgo de teatro, ópera y circo. Desde hace más de veinte años, elabora una obra en expansión que indaga sobre la condición humana y explora las perspectivas de futuro de nuestra civilización.

Ha firmado la dramaturgia de numerosas óperas puestas en escena por el cineasta François Girard (*El violín rojo*), entre las que se encuentran *Parsifal* y *El barco fantasma* de Richard Wagner para el Metropolitan Opera (Nueva York).

En japon, sus adaptaciones teatrales de las novelas de Yasushi Inoué (*El fusil de caza*) y Yukio Mishima (*El templo del pabellón dorado*) obtienen gran éxito.

## PRESENTACIÓN

*Era el año de todas las decepciones, mucho después del megatsunami y las lluvias diluvianas que siguieron. No sé sabía con exactitud cuándo. Ya casi no quedaban razones válidas para contar. Es cierto. Nadie tendría que haber sobrevivido a aquello. ¿Pero cómo impedirlo? La gente se agarra a algo. Ni siquiera se les puede reprochar. Quieren seguir caminando bajo el sol, incluso ausente, incluso olvidado. Continúan haciéndolo. Es legítimo.*

Unos cuantos andan errantes por una tierra devastada. ¿Qué ha ocurrido? ¿Un megatsunami? ¿Una nueva glaciación? ¿Una pandemia? ¿Una sequía? Las ardillas y las palomas sirven de moneda de cambio, el descubrimiento de un añico de cristal, de un trozo de metal basta para provocar una experiencia mística. Ya sean funcionario o prostituta, curandero o contorsionista, sobrevivir es una ocupación a tiempo completo para los Baldwin.

Gracias a las recitantes, la epopeya de esas criaturas extrañas es restituida con toda su crudeza, para deleite de los baldwinólogos que no han dejado de perseguir la verdad. ¿Han existido realmente los Baldwin o se trata de un mito? Tendremos que admitir que su mundo presenta similitudes inquietantes con el nuestro.

## FRAGMENTO

### Olivier

Su trabajo consistía en contar las ocas salvajes del lago de las Avutardas, en pleno centro de la tundra. O sea, que pasaba meses y meses esperándolas en aquel desierto de piedras, sentado sobre un montículo creado para ese fin concreto. Con su pequeño carné y su lápiz en mano, esperaba. De estación en estación. En invierno, la nieve lo recubría poco a poco y desaparecía del todo. Ya solo se distinguían sus ojos, pues nunca relajaba la atención cuando estaba de servicio y, aunque nunca hubiera ocurrido que las avutardas llegarán aquí en pleno invierno, imperturbable, entornando los ojos solo en caso de extrema necesidad, seguía observando el lago que, de hecho, tenía más las dimensiones de un estanque, pese a que tal vez había sido un lago importante en una época indeterminada.

En primavera, cuando las avutardas acudían por fin, Olivier se levantaba. Su piernas tenían una rigidez casi cadavérica. Sacudía el hielo que aún lo recubría por algunas partes y se calentaba las manos durante largos minutos del siguiente modo: formaba un cuenco con las dos manos y daba resoplidos entrecortados en su interior. Para realizar ese gesto, debía primero depositar el carné y el pequeño lápiz junto a él, sobre la piedra plana

cubierta de líquen. Pero mientras se dedicaba a este ritual de primavera, no dejaba de vigilar aquellas herramientas esenciales de trabajo que un golpe de viento o un animal salvaje podía llevarse en cualquier momento. Expulsaba su tibio aliento entre sus manos y movía sus pequeños dedos entumecidos; después, tomaba de nuevo su carné y su lápiz. Solo entonces podía ponerse a trabajar y contar las avutardas. O sea, que se contentaba con trazar un raya en su carné cada vez que una nueva avutarda se posaba con ruido sobre el lago. Las rayas que trazaba eran elegantes y evocaban precisamente grandes aves en vuelo.

Cada año, sin embargo, menos y menos avutardas hacían escala en el lago de las Avutardas, y cada año, el trabajo de Olivier disminuía. Se habría podido creer que se alegraba de ver así su tarea simplificada, pero no era para nada así. Temía, más bien, el día en que se encontraría de manera fatal sin empleo.

Al anoecer, volvía a juntarse con sus mujer y sus hijos en su casa de las afueras. Era en el 27 de la calle Monk. Reconocía el lugar de lejos. Su mujer lo esperaba entre olores de sopa de col y recortes de cebolla. Los niños jugaban en sus habitaciones con sus pistolas láser, y él los reconocía. Todo le parecía familiar: las prendas que vestía, el sillón donde se sentaba para mirar las noticias de la televisión. Se consideraba feliz. Su mujer era hermosa y joven, tenía la piel cobriza, el vientre liso y unos pequeños higos por senos. Pero al poco tiempo, ya era otra vez la mañana.

Había que trabajar. Y las estaciones se alargaban. Nadie había previsto aquel fenómeno. No se trataba de que el invierno fuera más largo que antes, y el verano, por

consiguiente, más corto. No. Todas las estaciones se prolongaban de modo inquietante y desordenado.

El dossier indica que los informes de Olivier Baldwin que han llegado hasta nosotros fueron fielmente consignados hasta una época reciente. El último carné nada más tenía páginas en blanco. Ciertos investigadores han considerado que solo había dos interpretaciones posibles para este acontecimiento poco común. O bien, y es la hipótesis más verosímil, ninguna avutarda consiguió viajar hasta el lago de las Avutardas aquel año, y Baldwin, considerando quizás que no era necesario comentar la situación, se deshizo del carné virgen. O bien Baldwin no sabía ni leer ni escribir, y nadie nunca sabrá lo que en realidad ocurrió aquel año en el lago de las Avutardas, ni lo que fue de Olivier desde entonces.

## **Basmara**

Me llamo Basmara. Crecí en Ámsterdam en una época en que esa ciudad aún podía sentirse orgullosa de tener una población de quince habitantes, todos ellos sanos. Claro, la ley exigía que la decimoquinta ciudadana se exiliara y, claro, esa era yo. Pero eso es otra historia: la mía. Y como no quiero que se piense que no sé contar nada que no sea mi historia, voy a relatar más bien el encuentro entre Magalí y Richard.

Ocurrió de improviso el diecisiete de diciembre de aquel año, en algún lugar entre Santo Viático y Buenos Aires. Todas las versiones del relato concuerdan en esos puntos, aunque divergen en varios otros. Me limitaré, pues, a la versión que me cantaba

Natasha Baldwin cuando yo solo era aún una cabritilla testaruda y suplicante.

Es importante recordar que ese encuentro podría no haber ocurrido jamás. Ya hacía varios meses que Magalí caminaba hacia el norte, mientras que Richard caminaba hacia el sur. Ambos habían abandonado, el mismo día, su lugar de nacimiento, para dejarse guiar por una voz interior que los incitaba, desde siempre, a ponerse en ruta y les prometía una felicidad inédita, casi inconfesable: encontrarse, tal vez, en los brazos de un ser al mismo tiempo tan cruelmente similar y tan deliciosamente diferente de sí. Una vez en camino, la voz interior se volvió más discreta y acabaron por no prestarle ya ninguna atención. Tras los meses, los años que llevaban caminando sin encontrar un alma, sospechaban que la voz los había seducido con falsas esperanzas. Sin embargo, el diecisiete de diciembre, hacia las dos de la tarde, Richard se detuvo bajo un sicomoro para refrescarse un poco. Levantó la cabeza justo a tiempo para ver la frágil silueta de Magalí recortarse en el horizonte. Magalí vio al hombre, de pronto, enderezarse bajo el sicomoro, como si hubiera surgido de la tierra, y lo observó mientras alzaba con lentitud su brazo derecho por encima de su cabeza. Ese gesto le pareció inusitado. No era ni una llamada de socorro ni una forma de saludo cualquiera. En la lentitud deliberada con que el hombre había levantado su brazo derecho, Magalí casi podía atisbar la suma de dichas, experiencias, acrobacias y audacias que cincuenta o sesenta años de vida en común con ese hombre podían significar. La educación de un hijo, tal vez de un segundo, con la bendición de los ancianos: todo eso desfiló un momento en su mirada cansada. Levantó la mano izquierda, y ese gesto no constituía una respuesta. No la agitó, sino que se contentó con separar los dedos, señalando

su presencia y su resolución de no huir. Richard interpretó el acontecimiento a su manera. Para él, todo ocurría como si esa mujer y él ya se pertenecieran en cuerpo y alma. Saboreaba con plenitud los siglos de vida en común y las recompensas de una vida de trabajo, en los barcos de pesca o en las minas, dedicada al bienestar y la seguridad de los suyos. Richard Baldwin, que nunca había bebido una gota de alcohol, se tambaleaba, sin embargo, como un hombre ebrio bajo el peso de esa revelación.

La noche caía y la pareja permanecía así, separada por unos cientos de metros, con el brazo y la mano levantados. Llegó la penumbra del crepúsculo, a través de la que ya solo discernían, uno de otra, una improbable vibración. Después, la luna salió y pudieron por fin contemplarse en los ojos de uno y otra, y liberarse de una eternidad de frustraciones mezquinas y de privaciones superfluas. La admiración que ambos se inspiraban prometía ser duradera. Eso decía la voz interior, y esa vez la creyeron.

El diecisiete de febrero, Magalí empezó a bajar la mano. Richard hizo lo mismo el diecisiete de marzo de aquel año. Reemprendieron el camino al día siguiente.

Para algunos, las posibilidades de que Magalí y Richard Baldwin se vuelva a encontrar de nuevo tendría una probabilidad de uno por mil millones o incluso más; y por esa razón las recitantes perpetúan el recuerdo de aquel único encuentro. Esto es todo lo que Natasha Baldwin, yo y las otras teníamos que decir.

*Evelio Miñano es catedrático de literatura francesa en la Universitat de València. Tras doctorarse con una tesis sobre el poeta Yves Bonnefoy, ha dedicado su investigación principalmente a la poesía francesa y francófona, a la literatura medieval francesa y a los estudios literarios comparados hispano-franceses. Es autor de una veinte traducciones de textos literarios franceses y francófonos de diversos géneros y períodos (Christine de Pisan, Théophile de Viau, Théophile Gautier, Matei Visniec, etc.).*